

El hilo se corta por lo más delgado

Juan Sebastián Ronchetti
Ilustraciones: Virginia Piñón



Ronchetti, Juan Sebastián

El hilo se corta por lo más delgado / Juan Sebastián Ronchetti ; Ilustrado por Virginia Piñón. - 1a ed. - La Plata : Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires. Subsecretaría de Educación. Dirección Provincial de Educación Primaria, 2025.

16 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-676-159-8

1. Cuentos. I. Piñón, Virginia, ilus. II. Título.

CDD A860.9282

Este material ha sido elaborado por la Dirección General de Cultura y
Educación de la provincia de Buenos Aires.

Textos: Juan Sebastián Ronchetti

Ilustración y edición: Virginia Piñón

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

GOBERNADOR

Axel Kicillof

VICEGOBERNADORA

Verónica Magario

DIRECTOR GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Alberto Sileoni

JEFE DE GABINETE

Gustavo Alcaraz

SUBSECRETARIO DE EDUCACIÓN

Pablo Urquiza

DIRECTORA PROVINCIAL DE EDUCACIÓN PRIMARIA

Mirta Torres

DIRECTORA PROVINCIAL DE COMUNICACIÓN

Carla Tous

DIRECCIÓN GENERAL DE
CULTURA Y EDUCACIÓN



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

El hilo se corta por lo más delgado

Juan Sebastián Ronchetti



Eran vacaciones de verano, antes de las fiestas, cuando nos enteramos del torneo de yo-yo Bronco, la inscripción era gratis, y aunque todos nos moríamos por participar, porque el ganador se llevaba el Auténtico Bronco de Oro que no se vendía en ningún lugar, el cupo era limitado.

Bajaba de mi monoblock cuando me encontré a los pibes que discutían porque los más grandes se habían guardado la noticia y se habían anotado el día anterior.

—Tampoco es cuestión de avivar a todos -dijo el Chueco. Cury saltó y casi terminan a las piñas. Yo tenía diez años y sabía muy bien que no me convenía meterme cuando los grandes discutían, mucho menos si se iban a las manos.

Por suerte llegué a tiempo para anotarme, el campeonato quedó armado enseguida y ya no quedaron más lugares disponibles.

Subí a casa y me puse a practicar. Tenía un yo-yo de Coca que regalaban en una promoción. Mamá entró a mi pieza y me preguntó qué estaba haciendo. Hacía tiempo que ella no estaba de buen humor. Era por el trabajo de Papá, últimamente él llegaba tarde y a veces hasta se quedaba a dormir en la oficina. Era eso lo que la tenía tan nerviosa a mamá.

—A las cinco hay un campeonato de yo-yo, vienen los maestros del Bronco -dije.

—¿Y eso qué es?

—El mejor yo-yo del mundo, y te podés ganar el dorado.

—¿Hay que pagar?

—Es gratis, si querés podés venir a verme -le dije.

Mamá sonrió, dijo que se acostaba un rato y que le avisara a la hora del campeonato.

Volví a ponerme a practicar, no quería perder más tiempo. El yo-yo estaba medio golpeado y el hilo muy fino, pero eso me ayudaba a prepararlo para hacer las pruebas. El hilo fino y desenroscado en un sentido permitía que el yo-yo quedara dando vueltas sobre sí mismo más tiempo y no volviera a la mano, lo que era fundamental para hacer el trapecio o el dormilón, la base de todos los trucos. Realmente era bueno jugando al yo-yo.



En realidad era bastante bueno en todas esas cosas inútiles, el tiki-taka, el balero, las bolitas y toda estupidez que apareciera como La bola loca del Loco Gatti o cosas parecidas. Y gracias a esas habilidades inútiles, me había ganado un poco de respeto en el barrio. No jugaba bien al fútbol, ni era fachero y encima era gordo, pero me destacaba en esas cosas y además era buen arquero, y como siempre, el gordo iba al arco, pero por lo menos a mí me elegían porque atajaba bien.

A las cuatro y media decidí bajar, no aguantaba más la ansiedad y no quería perderme nada. Además tenía miedo de que se me cortara el hilo y preferí no usar más el yo-yo.

Le fui a avisar a Mamá, pero estaba con la puerta cerrada, la entorné un poco y le dije que viniera si tenía ganas, pero creo que aún dormía y no sé si llegó a escucharme.

En el kiosco ya estaban casi todos los pibes.

—No van a venir —dijo el Chueco.

—¿Te parece?

—Más bien, qué van a venir acá.

—Pero ni son las cinco.

—Para mí es todo mentira —insistió el Chueco.



Yo quería que se retrasen así el Chueco se pudría y se iba. Él también era bueno en el yo-yo y tenía un Bronco. Era obvio que iban a hacer ganar a uno con un Bronco. ¿Cómo no me di cuenta antes? Tendría que haber despertado a mamá y pedirle plata, rogarle que viniera, que me comprara el Bronco, el rojo aunque sea, el azul era mejor, pero valía más caro, con el rojo hubiera estado bien, el de Coca era una cagada.

—Ahí están —dijeron todos a la vez.

—Llegaron los maestros.

Los gritos me despabilaron, estaban ahí, bajando de la camioneta, con sus trajes rojos y sus maletines llenos de yoyos.

Los maestros eran tres, empezaron dando una demostración, hicieron todos los trucos que hacían en la tele. Por separado primero, los tres juntos después. Hicieron cosas increíbles, imposibles de hacer. Ya me dolía la panza. El acto final fue el movimiento Suicida, los yoyos se cruzaron en el aire a una velocidad asombrosa y finalmente se chocaron y volvieron a sus manos. El aplauso fue cerrado. Nunca habíamos visto algo igual.

El campeonato empezó fácil. La mayoría no sabía hacer casi nada y, como me lo había imaginado, el Chueco y yo fuimos pasando todas las pruebas sin problemas y llegamos a la final.



La vereda del kiosco había quedado chica, casi todo el barrio fue a ver el torneo y la esquina de Díaz Vélez y Lavalle terminó cortada como los días que jugaba Racing.

Mi hermano estaba en primera fila, a Mamá la busqué entre la gente pero no la encontré.

Pensé que para la final nos iban a pedir que hagamos un truco difícil, el más arriesgado, esperaba mi turno de hacer el vueltas y vueltas. Pero no, los maestros dijeron que lo importante era saber hacer bien lo simple. El dormilón, dijeron, el que haga el dormilón por más tiempo gana.

Nos dieron unos segundos para prepararnos. Solté el yo-yo al aire y le di varias vueltas para que quedaran separadas las dos cuerdas cada vez más finas que formaban mi hilo.



Era la primera prueba en la que estaba realmente nervioso. Me temblaban las piernas y me transpiraban las manos. Me pareció que el Chueco estaba igual que yo, porque me miró e hizo una mueca como diciendo, "estos tipos nos podrían dar un dorado a cada uno y listo". A la cuenta de tres soltamos los yo-yos. Un maestro miraba, el otro tomaba el tiempo y el tercero tenía el bronco dorado en la mano. No sé cuánto tiempo estuvimos haciendo el dormilón, la gente contaba los segundos a los gritos. Mi yo-yo giraba y el del Chueco también. Era a muerte. El que primero lo llevaba a la mano perdía. Hubo un murmullo. Miré de reojo. El yo-yo del Chueco ya casi no se movía lo tenía que llevar a la mano, no le quedaba otra. Movió la muñeca para arriba y su yo-yo empezó a subir. Ya estaba, el Bronco Dorado era mío. Pero en el mismo instante en que se consumaba la victoria, cuando el Chueco agarraba con toda la palma su Bronco Rojo, mi hilo no aguantó más y el yo-yo de Coca cayó al piso, inerte, separado del cordón que le daba vida.



El silencio fue total. Los maestros se miraban. Técnicamente había ganado yo, pero no llegué a completar la prueba. El hilo se cortó y el yo-yo terminó en el piso y no en mi mano, el Chueco, en cambio, duró menos, pero pudo completar el truco.

Mientras los maestros deliberaban, se armó un gran alboroto, estaban los que decían que había ganado yo, los que decían que había que repetir la prueba (¡pero no tenía con que yo-yo hacerla!) y los que decían que había ganado el Chueco. Nosotros dos estábamos callados.

Por fin los maestros pidieron silencio. Según ellos había ganado, pero al no haber completado el truco no podían darme el Bronco Dorado así nomás y propusieron repetir la prueba o que el Chueco aceptara darme por ganador.

—Se lavan las manos —gritó alguien enojado.

Y creo que tenían razón, no hubiera querido estar en el lugar del Chueco.

Pero el Chueco no dudó. Tomó aire, se puso serio y se hizo el grande (pero lo cierto es que esa tarde lo que hizo fue realmente grande) y me dio la mano aceptando su derrota.

No lo podía creer. Mi hermano me dijo que la gente gritó como si hubiera sido un gol, pero yo no escuché nada.

Los maestros me dieron el Bronco Dorado y un Diploma de Maestro Junior.



Subimos y Mamá recién se levantaba. No se había acordado del torneo. Encima, cuando nos escuchó gritar se enojó y vino a preguntar qué pasaba.

—Ganó —dijo simplemente mi hermano y le señaló el yo-yo dorado en mi mano.

A Mamá le cambió la cara. Me abrazó, me besó y me pidió perdón, se puso contenta y también nerviosa, creo que nunca la había visto así, y aunque a mí me pareció exagerado, me gustó verla sonreír. Sacó plata de la cajita de lata que guardaban en el placard con los pocos ahorros y lo mandó a mi hermano a comprar un pollo y un vino para festejar con Papá. Qué contento se va a poner cuando sepa que tenemos un maestro en casa, dijo, y enseguida prendió el horno y sacó unas papas del cajoncito que había abajo de la piletta de la cocina.

En poco tiempo el olor del pollo invadió la casa. Mamá nos mandó a bañar y a cambiar y después pusimos la mesa con los platos del juego que les habían regalado para el casamiento. Pusimos cuatro aunque Papá todavía no hubiera llegado.





Se hizo de noche y todo estaba listo. En ese momento sonó el timbre. Era la señora del departamento de al lado, la única que tenía teléfono en nuestro piso. Era Papá el que llamaba. Hoy tampoco iba a venir. Guardé el Bronco Dorado en el bolsillo. Mamá nos puso una pata a cada uno y un montón de papas, pero ella apenas se sirvió. Los tres comimos en silencio.

**DIRECCIÓN
GENERAL DE
CULTURA Y
EDUCACIÓN**



**GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
BUENOS
AIRES**

ISBN 978-987-676-159-8

9 789876 761598